



### Juan de Dios Peza

**L**os purpúreos labios del hada bienhechora que preside al nacimiento de los mortales, debieron sonreír dulcemente un momento, momento feliz en el que vino al mundo el poeta cuyo nombre encabeza estas líneas; la fortuna esquiva y desdeñosa huyó de los bordes de su cuna, pero al nacer se halló rodeado de una atmósfera embalsamada con perfumes de hermosas flores, con las que por su mal los orientales no cuentan; lo cobijaba un cielo azul eternamente sobre el que los astros brillan siempre, los encantos de aquella naturaleza prodigiosa pudieron recrearle todos los días, y desde el primero un padre cariñoso y amante veló sus pasos y supo conducirlo al través de los mil escollos, por el áspero camino de la vida.

El día en que se publique la historia general de la literatura mexicana, el xix será su siglo de oro, pues para que ninguna grandeza falte á la centuria de la electricidad y del vapor, hale tocado en suerte ser el en que se realice la emancipación, desarrollo y engrandecimiento de aquel continente, que bien podemos llamarle heredero forzoso del nuestro, como éste lo fué del antiguo mundo Asiático. Los elementos al transmigrar no se pierden, se ingieren digámoslo así, allí donde son llevados, y forman primero un compuesto heterogéneo que se armoniza luego, resultado que vemos palpable en el arte y en la literatura. Llegaron hasta nosotros las claras luces del Oriente, dulcificadas en el esplendente panteón helénico, y de nosotros surcando los procelosos mares han sido importadas á aquellas tierras vírgenes, que tantos encantos atesoran. El estado de ánimo determina al sentimiento poético, y á éste lo excita en primer término la grandeza de la naturaleza. Figuraos valles y sierras donde jamás las tintas se hacen monótonas, picos graníticos que se pierden en las nubes, bocas de fuego que forman con su humo caprichosos dibujos en el espacio, flores hermosísimas que aventajan al iris con sus colores, y que es cada una un delicioso pebetero como jamás lo tuvo sultana, y mujeres de tez blanca como las hojas del lirio, que crece en la nieve virgen de los Andes, de ojos negros como las penas, pero suaves como el terciopelo, y no tendréis más remedio que

admitir una generación de poetas como la que actualmente florece en México y en la que Juan de Dios Peza ocupa tan preferente lugar.

Medir sílabas y ajustar palabras, torturar el pensamiento hasta hacerle encajar siquier sea confusamente en un número determinado de versos, es trabajo que la paciencia realiza y que no tiene más mérito que la laboriosidad, muchas veces disminuído por el fin que se propusiera aquel que lo realiza; pero sentir las bellezas y darse cuenta de ellas, traducir las excitaciones del propio espíritu de un modo tal que conmueva á los demás, ascender por movimientos propios á la región donde todo es luz para alumbrarlo todo, y todo color para dar ricos matices, dar forma plástica por medio del lenguaje al amoroso suspiro que se escapa del pecho de la virgen enamorada, al sollozo que brota del corazón herido, dejar á los mortales el eco de los ángeles y traducirles los apasionados trinos de las canoras aves, llevar al alma por medio de la palabra como á la vista los lleva un cuadro, todos los encantos de la naturaleza, es tarea que sólo puede realizar el sér privilegiado á quien con verdad puede llamarse poeta, al que como partos de su ingenio tiene composiciones que harán eterno su nombre.

En más de una ocasión lo hemos dicho y volvemos á repetirlo: México tiene grandes poetas, pero poetas líricos no más; y de algún peso podría ser esta particularidad á la fundada creencia de que el género lírico precede en to-

dos los pueblos á los demás géneros literarios. Las naciones de la América moderna tendrían historia literaria en sus aborígenes: existen restos de ellas que comprueban tal aserción, pero sepultadas en el tiempo no bastan á dar idea de aquella cultura primitiva. Llamadas por superior destino á formar parte del breve mundo conocido antes que Colón probara con hechos lo vano del saber con que le mortificaron en Salamanca, han sufrido influencias cuyos caracteres serán tal vez indelebles, porque aquella sangre en su mayor parte es nuestra sangre, y aquella vida es nuestra vida; pero de la misma manera que en los tiempos de la grandeza romana las provincias del vasto imperio, naciones más tarde, apenas dieron contingente ni á las letras ni á las bellas artes, América en tanto sufrió el dominio de la metrópoli permaneció absorta, considerando sin duda su antigua grandeza en la libertad de la naturaleza ó sumisa en la espera de mejores días; cuando éstos han llegado, cuando sin patria potestad, ni tutela, sus hijos han podido surcar las selvas; cuando han sentido hasta lo íntimo de su alma el calor de los rayos del sol de la libertad, se ha desarrollado su sentimiento, y sus suspiros de gozo han sido notas de misteriosa clave, sus acentos de gracia riquísimas y brillantes composiciones.

El sér humano necesita llegar á la edad de la razón para expresar con verdad lo que siente dentro de su alma, y lo mismo ocurre con los

pueblos; sólo cuando sacuden las trabas que extraños le han impuesto, elevan su voz para expresar sus deseos y aspiraciones, para cantar sus ideales y celebrar sus proezas. Cuando la realización de esto es un hecho, aparecen los géneros literarios: entonces descuella manifestación de lo individual y subjetivo la lírica como del corazón del hombre en sus primeros años brotan los acentos tiernos y apasionados.

Juan de Dios Peza como poeta cultiva el género lírico en su extensión, sin presentar ninguna particularidad, sin invadir el campo de ningún sub-género, y esta declaración la hacemos ateniéndonos á que por ello goza más nombre y declarando no ser nuestro ánimo ocuparnos de sus producciones dramáticas que no conocemos, y de las que sabemos únicamente le han valido legítimos triunfos. Peza es uno de esos hombres que hallándose en la edad en que suelen ser sólo risueñas esperanzas, ha logrado ser esplendente realidad. Contando apenas veinte y ocho años, ha recorrido grandes distancias del campo social merced á su elevado talento; la fortuna esquiva y caprichosa no le prodigó sus halagos, sin duda por esta razón las musas lo acariciaron como hermano; con la constancia que en los tiempos actuales necesita el hombre que á su trabajo ha de deberlo todo, luchando con las mil dificultades que la sociedad presenta al que no cuenta con más apoyo que el de su propio valer, Peza logró distinguirse tanto en su patria, tan claras muestras

dió de su habilidad y talento. que aquel gobierno lo nombró segundo secretario de la Legación de México en Madrid, y tal nombramiento será en el orden de los tiempos un hecho que acreditará el saber del presidente Díaz.

La diplomacia de los tiempos presentes no es la de las épocas pasadas: el derecho actual perfectamente definido, no deja campo á los absurdos y contrariedades que fueron un día causa de que fértiles campos se vieran regados veces y veces con sangre de hermanos; la diplomacia actual ha de tener por principal fin aunar los ánimos, para que más tarde desaparezcan las vallas que aislan á unos pueblos de otros y el género humano se vea en la unidad que es tan conveniente y apetecible para todos los fines de la vida; por esto entendemos que el comercio intelectual es hoy el que más deben cultivar los diplomáticos, si quieren hallarse en relación con el tiempo en que viven. El nombre de Roma sólo debía ser motivo de repulsión y odio para todos los pueblos modernos, y por el contrario al pronunciarlo experimentamos una profunda admiración, casi un culto; y es que no queremos recordar que sus legiones lo arrasaron y lo devastaron todo, no queremos recordar que durante siglos, fuimos esclavos, que hicieron fértiles las tierras regándolas con el sudor de las frentes para alimentar al pueblo rey ó servir de pasto á las fieras en el circo para divertirle; no queremos recordar las persecu-

ciones y violencias de que hizo víctima á los que no había dominado, y sólo acudé á nuestra mente su sobresaliente cultura; vemos sus monumentos, admiramos su literatura, reverenciamos su derecho y aun hoy nos creemos dominados por el influjo de Virgilio, Ovidio y Horacio y sugestionados por el derecho de las Doce Tablas; es que echamos en olvido lo que nos pueda martirizar y recordamos lo que con aquel pueblo nos identifica: el alma humana siempre soñando grandezas, el corazón siempre aspirando á lo bello y á lo sublime. Cuando de los modernos pueblos pueda hacerse lo mismo, cuando demos al olvido las pasadas discordias y nos acordemos sólo de lo que nos auna, entonces sentiremos cuando sientan y gozaremos cuando gocen.

Allá tras esos mares dilatados donde cabe la tierra cien veces, está la patria de Moctezuma, la tierra donde Cortés conquistó su inmortalidad, tierra tributaria un día de España, aislada de ella por la exaltación de unos que no querían considerar más que oprimidos, por el rencor de otros que veían sólo los que habían desconocido una autoridad; separados por recuerdos de sangre vertida, sólo se hubieran aunado por medio de efímeros contratos llamados á caer en el olvido tan pronto como desapareciera el interés que les había dado origen, y esto porque no es bastante á aunar los ánimos las relaciones materiales; hay necesidad de algo que llegue al alma, de algo que parece tocar-

se, de algo que no necesita revelador porque se toca en los pueblos del continente en que habitamos, pero que no podía ser así entre estos y aquellos que se encuentran á tan gran distancia. Revelar en nuestro país la grandeza de aquél, había de ser obra de un hombre que comprendiera la necesidad de la época moderna de un modo claro y palpable como á Peza sucede. Venciendo las dificultades que se le opusieron, calmó las susceptibilidades de todos, pues España no pudo menos de regocijarse al ver que en la hermosa lengua de Cervantes, tan preciada de aquellos que en ella recibieran las primeras caricias de su madre y escucharan las primeras palabras amorosas, se habían escrito composiciones de tanto valer como las contenidas en *La Lira Mexicana*, que acreditan imaginaciones superiores, talentos de primer orden, y entendemos que agradecidos estarán de la buena acogida que tuvieron. Con una modestia que le honra sobremanera, cuidó Peza de sus compatriotas, hizo resaltar sus méritos, llamó sobre ellos la atención de los demás, y sólo algunos conducidos por sus propios méritos, se fijaron en sus composiciones originales, modelos de buen decir, pureza de imaginación y elegancia. Ausente hoy de nosotros, pero fijo en nuestra mente su recuerdo, vamos á exponer sumariamente nuestro juicio acerca del distinguido poeta diplomático, acerca de sus composiciones, en las que más de una vez hemos hallado deleites para

nuestra alma, cuando las penas la ahogaban.

Corto el número de las que conocemos, habremos de limitarnos al estudio de las contenidas en el precioso libro titulado *Horas de Pasión*, las insertas en *La Lira Mexicana*, y algunas otras publicadas en periódicos que la casualidad ha hecho llegar á nuestras manos, sin que por esto deba entenderse que es corto el número de composiciones á que Peza debe su nombre. Poeta de rica imaginación y fácil vena, podría formar abultado como con sus obras, pero siempre la verdadera modestia fué patrimonio de los que verdaderamente valen, y él aguarda pacientemente que el tiempo le dicte cuáles son dignas y cuáles no, de ver la luz pública, pues nunca le sedujo el aplauso, sino que por el contrario siempre trabajó por hacerse digno de él.

Con un saber cuyo mérito no decrecerá nunca, afirmaron los antiguos que sólo sería buen ciudadano aquel que bueno hubiera sido en la familia, y tenían razón, mucho más hoy en que todo el mundo se considera como hogar común de los seres, y á todos éstos como hermanos. En el seno de la familia se revelan las tendencias, se manifiestan los sentimientos, se caracterizan las ideas, y en una palabra, el hombre aparece tal como es, para más tarde, al ensanchar su esfera de acción, revelarse de igual manera en la vida pública que tendrá que hacer dentro de la sociedad á que pertenece. No entraremos á deslindar ahora el mayor ó menor

influjo que sobre el carácter pueda tener la educación, y lo tiene manifestamente; pero bien claro se ve que el hijo amante y respetuoso, es respetuoso y amante en las demás relaciones, que constituye el esposo modelo y el ejemplar padre de familia, el amigo y el acrisolado patricio, pues los recuerdos de sus primeros días y aquel cariño que primeramente inflamó su alma, habían de ser bastantes á producir estos efectos, porque en la vida apetece siempre ser correspondidos, y de antiguo se sabe que tal como lo hiciéramos con los demás lo harán los demás con nosotros, y porque sobre todo esto se halla la conciencia del deber que late como nuestro corazón late, en las almas bien templadas y que sólo deja de latir cuando la vida se extingue. Tratado Peza deja advertir una bondad sin límites y condiciones que dan lugar á que bien pronto se experimente la absoluta necesidad de su compañía, pues en ella el sentimiento sigue el caprichoso rumbo á que lo impulsa la sensación. En el estudio detenido de las obras literarias, va implícito el estudio del hombre que las ejecuta: en vano será que quiera velar sus pasiones, en vano que quiera disimular sus sentimientos; unos y otros aparecerán claros y distintos, hallándose en ellos á cada paso elementos que nos puedan servir para recomponer la vida moral del individuo que nos ocupa, y esto tal vez como en pocos se advierte en Peza. Sus composiciones nos lo revelan como hijo amante y apasionado

enamorado, como patriota y como amigo; en ellas se advierte la transparencia de su alma y se lee la suavidad de sus sentimientos; asciende á lo más sublime y ridiculiza las necias preocupaciones sociales, que coartan la armonía de los seres; se revela en ellas un poeta superior, pero poeta al que no puede compararse con las aves canoras que trinan y trinan siempre del mismo modo, agradan y no se dejan entender, sino que más bien tiene semejanza con los ecos misteriosos que revelan á nuestro sér las secretas armonías del universo, el consorcio de los mundos y los lazos que uniendo á todos los corazones adquieren gran semejanza con los hilos eléctricos, y con más rapidez que el pensamiento antes que las palabras se puedan articular, nos hacen gozar ó sufrir como otros seres gozan ó sufren. Todas ellas están impregnadas de los encantos de los pueblos primitivos: hay en ellas lo grande que llega al cielo elevándose de la tierra en que vivimos, y no dejará de conocerse que son hijas de un poeta allá nacido, pues los perfumes que exhalan como las maravillas de que están salpicadas, son propias sólo de aquellas latitudes, donde el sol abrasaría sin la compensación de las brisas enfriadas en los picos de los Andes por sobre los que vuela el condor.

Con una pureza de dicción que revela un absoluto conocimiento del idioma, y que consuela al considerar como nada ha perdido la riquísima lengua al ser intérprete de los elevados